

Gemma Lienas
Rebeldes,
ni putas ni sumisas



Gemma Lienas

**Rebeldes,
ni putas ni sumisas**

ediciones península

© Gemma Lienas, 2005
Derechos de edición negociados a través de Asterisc Agents

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2005
Primera edición en este formato: marzo de 2018

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Península,
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

DAVID PABLO - fotocomposición
LIMPERGRAF - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-2.001-2018
ISBN: 978-84-9942-677-8

ÍNDICE

Las crónicas de este libro se escribieron entre septiembre y diciembre de 2004, a razón de una al día, de lunes a viernes, y se leyeron en Catalunya Cultura (92.5) alrededor de las 9:45, en un espacio que lleva por título «Amb ulls de dona» y cuenta con el apoyo del Institut Català de la Dona. Cada crónica está, pues, relacionada con una noticia de actualidad en aquel momento.

Prólogo	17
No sé por qué me hice puta (8-9-2004)	19
Preferiría no hacerlo (9-9-2004)	21
De las posibilidades didácticas de algunos artículos (10-9-2004)	25
Daños colaterales (13-9-2004)	27
Puentes (14-9-2004)	31
No con mi dinero (15-9-2004)	33
Con tu pan te lo comas (16-9-2004)	37
Partir al crío en dos (20-9-2004)	41
Políticas de conciliación (21-9-2004)	43
Él no tiene la culpa (22-9-2004)	45
Enseñemos a las mujeres a pescar (23-9-2004)	47
La suerte ayuda a los audaces (27-9-2004)	49
Pasar de todo (28-9-2004)	51
Intermediarios, abstenerse (29-9-2004)	53

Cuando las barbas de tu vecina veas pelar... (30-9-2004)	55
Las píldoras y los otros (1-10-2004)	57
Causas y efectos (4-10-2004)	59
Sociedad afectiva ilimitada (5-10-2004)	61
El lenguaje no es inocente (6-10-2004)	63
Patucos de color rosa o azul celeste (7-10-2004)	65
Sólo nos faltan cien (11-10-2004)	67
Unos presos caros... de cojones (13-10-2004)	69
Segregación (14-10-2004)	71
La inercia de las costumbres (18-10-2004)	73
Porqués (19-10-2004)	75
Va de estadísticas (20-10-2004)	77
La regla de la inversión (21-10-2004)	79
Legalizar las donaciones (22-10-2004)	81
¡La de tonterías que decís! (25-10-2004)	83
Pulseras y collejas (26-10-2004)	85
Obligaciones nuevas (27-10-2004)	87
¿Adónde va mi pasta? (28-10-2004)	89
Sexo fuerte y sexo débil (29-10-2004)	91
Audiencia insaciable (2-11-2004)	93
Ni putas ni sumisas: rebeldes (3-11-2004)	95
Toda una vida... (8-11-2004)	97
Fronteras (10-11-2004)	99
Lengua coja de un pie (11-11-2004)	101
El velo occidental (12-11-2004)	103
Un derecho por conquistar (15-11-2004)	105
Biología y cultura (16-11-2004)	107
El valor del miedo (17-11-2004)	109
Tribunal planetario (18-11-2004)	111
Adaptación al medio (19-11-2004)	113
Fundamentalismo antifemenino (22-11-2004)	115
Quien bien me quiera que no me haga llorar (23-11-2004)	117

La verdad, con mayúsculas (24-11-2004)	119
Se empieza asesinando y se acaba por cometer faltas de ortografía (25-11-2004)	121
¡Y un cuerno! (26-11-2004)	123
Integración; no alienación (29-11-2004)	125
Rebeldes con causa (30-11-2004)	129
Arma de destrucción masiva (1-12-2004)	133
<i>Liberté, égalité...</i> (2-12-2004)	137
El cuerpo femenino, campo de batalla (3-12-2004)	139
Voracidad a examen (7-12-2004)	141
Corazón loco (9-12-2004)	143
El invento de los tãmpax (10-12-2004)	145
Falocracia (13-12-2004)	147
Llorar alquitrán (14-12-2004)	149
Mujer precavida... (15-12-2004)	151
(Des)ilusiones perversas (16-12-2004)	153
<i>Rara avis</i> (21-12-2004)	155
Código penal y filetes (22-12-2004)	157
El banquete de la vida (23-12-2004)	159
Más sobre el aborto (24-12-2004)	161
¡Lo suyo son los nervios, señora! (27-12-2004)	163
Un paso adelante (28-12-2004)	167
Ser feminista (29-12-2004)	169
La guerra santa (31-12-2004)	171

NO SÉ POR QUÉ ME HICE PUTA

Un amigo mío me envía un anuncio por palabras que ha encontrado en la prensa. Dice así: «Sheila, guapísima, irresistible, pechos de primera, bombón de oro, escultural, nivel universitario, políglota, educadísima, súper cariñosa... Tengo tantas cualidades que no sé por qué me hice puta».

Leo en el periódico que las autoridades visitaron algunos prostíbulos de la frontera con Francia ayer por la noche, a la hora en que los puteros llegan en masa. En una loable y singular iniciativa se interesaron por la higiene de los locales y por las condiciones de trabajo de las chicas. No creo, sin embargo, que les preguntaran el motivo por el cual se hicieron putas. Entre otras razones, porque ellas podrían haber objetado que las motivaciones para escoger una profesión u otra no eran de su incumbencia. Seguramente —y lo digo basándome en los reportajes que he visto o leído sobre prostitución— el principal, si no el único, motivo es el económico. Todo ello suponiendo que hayan tenido libertad para elegir, claro, que no es la situación más común. Ni elige la chica de Europa del Este que deja su país seducida por una oferta de trabajo fantasmagórica, ni elige la colombiana que, incapaz de permanecer uno o dos años más todavía alejada de sus hijos, que la esperan en Colombia, decide ganar dinero más rápidamente que limpiando casas, ni elige, por supuesto, la que ha sido introducida en el mercado sexual a

la fuerza o la que se ha visto impulsada por un ambiente familiar que invitaba a pocas cosas más. Algunas de las prostitutas —me atrevo a decir que una minoría— dicen que han elegido libremente; y también ellas confiesan una razón económica: quieren ganar dinero rápido. Y sin demasiado esfuerzo, añade alguien.

¿Sin esfuerzo? ¿Os imagináis la obstinación que se necesita para irse a la cama con un tipo calvo, barrigudo y halitósico que, para colmo, exige un beso negro? ¿Y para entrar en un hotel de mala muerte —o no— al lado de un individuo con un aspecto a cuyo lado el de Jack Nicholson en pleno delirio psicopático resulta angelical? Mucho esfuerzo me parece a mí que hace falta.

Por otra parte, lo que a mí me habría gustado es que las autoridades se hubieran enterado de las motivaciones de los clientes. La más evidente, claro, la entiendo y la comparto: deseo, necesidad sexual. Pero ¿comprar sexo? Resulta una forma extraña de relacionarse con otro cuerpo. Inevitablemente indica una relación de poder: yo estoy por encima de ti y te compro. Pero seguramente la mayoría de los clientes no deben de ser conscientes de ese juego extraño y poco recomendable que establecen cuando se van a la cama con una puta, así que no habrían podido contestar: lo hago porque me gusta tenerla a mi disposición, saber que soy dominante.

Y, finalmente, habría sido extraordinario conocer las razones con las que los proxenetas se habrían justificado. ¿Se habrían presentado como empresas de trabajo temporal? ¿Como oenegés de ayuda a las inmigrantes? Los proxenetas sí lo tienen fácil: no arriesgan la salud ni la vida como ellas, ganan dinero a espuestas sin matarse demasiado y encima, ahora que sus colegas europeos lo tienen crudo por las ilegalizaciones, se forran abriendo puticlubs cerca de la frontera.

Así que no sabemos por qué Sheila se hizo puta, pero es fácil entender por qué los proxenetas han escogido ese —por llamarlo de alguna manera— oficio.

PREFERIRÍA NO HACERLO

Me gustaría, por un momento, ser Bartleby, el personaje de Melville y, como él, poder decir imperturbable: «Preferiría no hacerlo». Y me quedaría quieta delante de la pantalla de mi ordenador sin escribir una sola frase. Preferiría no tener que escribir esta crónica, y no porque me dé pereza sino porque confiaba en que aún pasarían muchos días sin que me viera obligada a ello. Cuando el 6 de septiembre comenzó mi andadura, cuando empecé a escribir esta crónica diaria, me preguntaba si tendría unos días de margen antes de verme forzada a componer una sobre la violencia de género. Dos días más tarde, el 8 de septiembre, un hombre de 29 años asesina a su compañera sentimental de 19, estrangulándola en un hotel de Sitges.

Antes de vomitar mi rabia, mi dolor y mi impotencia, intento ordenar las ideas que, enloquecidas, saltan de una neurona a otra. Recuerdo a un amigo con el que comí antes del verano y quien, a propósito de las muertes de tantas mujeres a manos de sus parejas o exparejas, me decía: «Siento vergüenza de ser hombre». Y aún recuerdo a otro que me preguntaba: «¿Crees que los hombres estamos enfermos? ¿O crees que están enfermos los hombres que asesinan a sus parejas?».

No, no creo que sean personas enfermas. No son psicópatas que se desestabilizan y acaban atacando indiscriminadamente. Son hombres normales. Eso es lo que siempre asegu-

ran los vecinos: era muy buena persona, incapaz de matar a una mosca, tan amable, siempre a punto de echar una mano... Tanto, que un día le clava un cuchillo a la parienta y le deshace el hígado o la rocía con gasolina y la enciende como una antorcha o la tira por el balcón desde un séptimo piso. Curiosamente, esos terroristas domésticos nunca destripan al presidente de la empresa donde trabajan, nunca matan a golpes al compañero del bar con quien juegan al mus, nunca disparan contra el director de la sucursal bancaria...

Joaquín Leguina, en su artículo de *El País* del 4 de septiembre, sostiene la tesis contraria. Entre otras cuestiones, critica que se haya elaborado una ley —la ley integral contra la violencia de género— que presupone que el mal comportamiento de los hombres es una cuestión generalizada y no el comportamiento patológico de unos cuantos. Añade: «Negando el análisis, se pretende que todo ese complejo fenómeno se reduce a un solo impulso: la violencia intrínseca del macho, aunque sea intelectualmente ilegítimo sumar asesinatos con presiones psicológicas».

No, señor Leguina, no van por ahí los tiros. No se trata de pensar que los hombres son intrínsecamente violentos, ni que las mujeres son intrínsecamente pan bendito. Se trata de que vivimos en un sistema —el sistema patriarcal— que se basa en la desigualdad, en la superioridad del hombre sobre la mujer. Y es ese sentimiento de superioridad —que a pesar de los cambios en las leyes se mantiene inmutable en las mentalidades— lo que resulta intrínsecamente perverso, lo que propicia la violencia de género. Es contra el sistema y las creencias del sistema contra el que lucha la ley. Y precisamente por eso es legítimo sumar asesinatos, malos tratos físicos y acosos psicológicos, porque son parte de un mismo sistema. Las palizas o los insultos son una forma de establecer la dominancia y recordar que quien manda, manda. Y el asesinato se produce cuando la mujer se propone hacer frente al tirano y alejarse de

él. Es por esta razón por la que en los países nórdicos, señor Leguina, hay más asesinatos que en nuestro país: porque cuanto más rígido es el sistema menos falta le hace al dominador aplicar correctivos. Las cosas ya van solas. Las mujeres son sumisas y basta.

Preferiría no haberlo escrito, pero he tenido que hacerlo porque ya hay otra mujer víctima de la violencia de género.